

NIEVES CORREA ES MI AMIGA, PERO ES MÁS QUE ESO

Por Nelo Bilar

En algún momento venidero, quizás en un futuro muy-muy remoto, alguien se preguntará (por alguna fastidiosa cuestión académica) cuál fue el "género" artístico con el que se identificaron los movimientos sociales contestatarios en el período de entre siglos que estamos viviendo,

No ha sido la pintura, desde luego.

Creo que para nuestro personaje será evidente que el arte de acción (las performances en casas okupadas, la protesta estetizada de los activistas...) fue el que más se aproximó a reflejar la libertad ácrata y autogestionaria, capaz de crear identidades y vínculos comunitarios, de los llamados nuevos movimientos sociales, como el ecologismo, el feminismo, el movimiento okupa, el pacifismo insumiso, etc. Que el segundo Festival de performances de Madrid (Fiarp) se celebrara en un centro social okupado no es fruto del azar sino de la complicidad respecto de un cierto ideario.

Si este hipotético curioso (quizás un becario o un doctorando vestido con un baby metalizado) sigue tirando del hilo, verá que la performance y el arte de acción, que tuvo su momento álgido durante los años 70, renació la última década del siglo XX con una nueva generación de artistas que se movilizaron tras la pérdida de legitimidad de un sistema artístico, digamos, "paninstitucional".

Haciendo uso de los extraordinarios medios súper computerizados que estarán disponibles en ese momento para la investigación, nuestro dilecto doctorando podrá comprobar que la práctica del arte de acción pudo reanimar desde bien pronto y una y otra vez un buen número de géneros artísticos que iban de capa caída (la danza, el teatro...) sin perder por ello ni un ápice de su frescura, de su impacto directo sobre el público, de su capacidad para anarquizar espacios y comportamientos. Verá también que, tras enriquecer las prácticas del arte político o activista, una buena parte del arte de acción no se dejó instrumentalizar y siguió en libertad su camino de exploración y de experimentación poética, creando posiciones en el campo artístico.

Cuando el investigador cibernético futuro empiece a cargar sus bases de datos sobre nuestra época con interminables listas de nombres, verá que hay algunos, no

demasiados, que se repiten en distintos eventos durante unos cuantos años. Entre los artistas que iniciaron esta movida a principios de los años 90 y que llevaron de la mano al "género" performance durante el cambio de siglo, una figura principal a la que tendrá que estudiar nuestro becario pringado (quizás de un planeta distante) será sin duda Nieves Correa.

El particular periplo de nuestra heroína la ha llevado desde la organización de los primeros festivales de Madrid, a estar presente en la reaparición del arte activista o a participar, activa y críticamente, en buena parte de los ensayos autogestionarios más vivos del arte actual (Red Arte, Red de Artistas Gestores, Asociación Cultural Cruce, Lobby Feroz, asociaciones de artistas plásticos...). En su caso se trata, pues, de un activismo autogestionario, de una labor "política" o "social" compleja en primera línea que toma su forma de aquel "comunitarismo de izquierdas" del que habla Paco Fernández Buey en *Ni tribunos*, «basado en el retorno a las dimensiones pequeñas (que es una tradición libertaria que enlaza hoy en día con la idea de que la democracia participativa no es posible en megaurbes y megaestados como los actuales)».

Sólo por esta cuestión "política" del arte, cualquier hipotético investigador espabilado habría de reivindicar la personalidad de Nieves como una de las más singulares, activas e independientes de estos años.

Éste me parece un dato objetivo.

En el caso de que la investigación la hiciera un sofisticado robot con un léxico muy-muy preciso, quizás encontraría problemas para meter a Nieves en el saco del arte social o político. Porque como "social" hay que entender, como decía José Álvarez Junco, no sólo las tendencias obreristas o en general "puritano-solidarias", sino también un cierto tipo de anarquismo individualista, hedonista y estetizante que el maestro dice que es bien conocido en los círculos intelectuales y artísticos europeos desde mediados del siglo XIX. Ahora, en un momento en que retorna el arte social y/o activista, ésta parece una precisión importante: que "lo social" es una cosa más compleja que el activismo, por muy estético o ingenioso que éste sea.

De ahí que desde este comunitarismo ácrata del que estamos hablando (el que se ha profesado, casi siempre ingenuamente, en el arte de acción desde principios de los años 90) el trabajo artístico no se ciña al compromiso explícito. Más bien es posible desarrollar, como hace Nieves Correa, una investigación personal basada en la pequeña escala, en la escala humana. Se antepone (o yuxtapone) a la

“artisticidad” mayúscula una poética de lo cotidiano (que no necesariamente de lo “íntimo”, casi siempre tan fastidioso) caracterizada por los rebotes entre arte y vida en uno y otro sentido: un arte pobre (pero no necesariamente “menor”) que reelabora nuestra relación con lo cotidiano mediante el uso “détourné” de objetos y acciones comunes, lanzando una mirada delirante sobre la realidad más cercana, una transformación de la percepción no por sencilla menos incisiva y sugerente.

Y de este modo, también una revalorización de la creatividad de una forma ampliada (*éclatée*, diríamos), menos dirigida a la creación de Obras Maestras cuanto de una forma de vida que incluye el juego del arte, la potenciación de los “vínculos comunitarios”, de las redes que tienen tanto de afectivas como de comprometidas con una transformación social difusa y con un activismo que podríamos llamar “artístico”.

En la carta en la que me pedía un texto para su catálogo, Nieves dice: «Estuve pensando mucho en a quién pedir los textos y me decidí por la gente que realmente conoce mi trabajo, que son mis “amigotes”, con los que he compartido festivales y alegrías y que además pueden hablar con el corazón además de con la razón». Creo que esto define muy bien cómo ha sido nuestro trabajo durante los últimos quince años: apasionado, con mucho cachondeo, comprometido, desinteresado... Muy distinto al de los ambientes “del Arte”: no profesional, no mediático, sin espacio para “trepas” ni divos. Creo que además de agradable, este carácter ácrata, no instrumental, tiene una función importantísima en los tiempos que corren, y, como Nieves, dedico mi vida a difundir la buena nueva muerta de risa.

Y al investigador del futuro, si nos pilla el rollo, seguro que le caemos muy bien, mejor que los Grandes y que los Oficiales. Quizás la suya sea por fin una bonita tesis.